

«[…] Adelantémonos a prestar un servicio. Prodiguemos oportunamente una sonrisa. Compartamos la alegría o pesar de los que nos rodean. Todo nos importa si somos de Cristo.

Y seamos constantes en ese dulce sembrar de la caridad cristiana. Démonos hoy, y mañana, y siempre más. ¿Cuesta? Ha de ser precisamente la abnegación y el sacrificio el pan cotidiano del apóstol, […] ¡Oh preciosa moneda que sirves para comprar almas! Sea nuestro tesoro. […] Y entonces nuestra palabra llegará a los corazones, y éstos bendecirán y glorificarán al Señor.

¡Negarse una a sí misma! Éste ha de ser, desde luego, el reverso de la medalla. Negación constante para mantener en el alma la vida interior, que sea el motor que mantenga la práctica de la virtud. Mucha unión con Dios, que nos haga vivir en su presencia divina, acercándonos fielmente a su Corazón Sagrado para entender las ansias supremas del Redentor.

Dios os ha llamado al apostolado. Amad vuestra vocación. Seguidla fielmente. Y pensad que de muchas maneras podéis ser apóstoles. No tan sólo las que marchan a la nueva fundación, sino todas las que lleváis en el alma la luz encendida de la llamada de Cristo. […] En el interior de vuestra alma debéis considerar que, ante Dios, vale lo mismo el apostolado externo que el oculto que haréis las que os quedáis aquí. […] Sí, que la Obra crezca. Que irradie, por doquier, el calor de la caridad cristiana, que es lo que tiene que difundir.

¿Qué nos importa el lugar que ocupamos? Lo que tan sólo interesa es santificarnos en él, cuidando siempre de obrar cara a Dios, […]. En todo lo que se os confíe, no veáis sino el deber a cumplir, y hacedlo con alegría y con gozo en el sacrificio, para que rinda más en bien de las almas.

Obremos como os digo, cara a Dios, dando a Dios todo el amor que le debemos. Una debe examinarse y exigirse si corresponde nuestra fidelidad a las gracias recibidas. ¿Cómo nos quisiera Jesús? ¡No defraudemos sus divinas esperanzas! […]»

En noviembre de 2024 y de 2025, leímos y meditamos sobre las dos primeras partes de la reflexión de Magdalena. Este año, lo hacemos con la tercera y penúltima parte de su discurso.

Ese día enseñó lo que ya venía experimentando desde hacía tiempo. Reveló el deseo que ardía en su corazón: vivir plenamente en el amor a Dios y al prójimo. Magdalena explicó cómo debía de ser la vida de los miembros de la Obra: un "darse" que va más allá del simple "dar" algo. Es el don de uno mismo. Es el don que revela el carácter de

sacrificio y de víctima -tal como Jesús hizo toda su vida- en total consagración al Señor Dios, para la salvación de las almas.

El texto de Magdalena cambia una lógica común: el sacrificio no es una carga, sino el "pan de cada día" del apóstol. Establece una correlación directa entre la abnegación y la fecundidad del servicio. Sin una sólida vida interior, la acción pastoral corre el riesgo de convertirse en un activismo estéril. La expresión ‘‘*preciosa moneda”* para *“comprar almas”*, se basa en la teología de la comunión de los santos. Los sufrimientos y las renuncias, ofrecidos libremente, se convierten en el ‘‘precio’’ espiritual para la conversión y la salvación del prójimo.

El núcleo eclesiológico del discurso reside en la equivalencia de las formas de apostolado. A los ojos de Dios, el apostolado externo y el oculto tienen el mismo valor. Magdalena lo recuerda a todas: la misión no pertenece solo a quien se marcha a una nueva fundación, sino también a quien permanece y sostiene la Obra en el silencio y en la oración. La eficacia de la Obra no se mide por el éxito visible, sino por la fidelidad interior a la llamada.

Todo nace y converge en el Sagrado Corazón y en las aspiraciones del Redentor. La misión no es un proyecto humano, sino una extensión del amor de Cristo. De esta unión mística surge la eficacia de la palabra: solo un corazón transformado puede ‘‘llegar al corazón’’ de los demás. Esta referencia no es casual. Magdalena estuvo muy influenciada por la espiritualidad de la reparación y por la figura de Santa Gema Galgani, a quien profesaba una profunda devoción. El uso de términos comerciales aplicados al espíritu *("preciosa moneda para comprar almas")* refleja precisamente ese lenguaje místico -desde la primera mitad del siglo XX- centrado en el concepto de "víctima" del amor para la salvación de los pecadores.

